

maniqueos el más acreditado y más poderoso. Pasó el resto de su vida en la penitencia y murió dejando grandes esperanzas para su salvación. ¹

Salimos de Rimini por la puerta de San Julian. Se atraviesa el Marecchia sobre un magnífico puente de mármol cargado de adornos y construido por los emperadores Augusto y Tiberio. En este lugar se opera la reunión de las dos antiguas vías consulares, Emilia y Flaminia, que ligaban á Roma con el Norte de la Italia. Algunas leguas más lejos pasamos, tan bravos como César, el famoso Rubicon. Bajo el humilde nombre de Pisciatello, ¿quién reconocería al pequeño río en cuyas orillas se decidió la suerte de la república romana? Muchos pretenden que en este lugar el Rubicon se encontró reunido con el Pisciatello, y que para encontrar el famoso riachuelo es preciso acercarse un poco más á Savignano. Como quiera que sea, por poco que la imaginación venga en ayuda de la memoria, se ve á Julio César en pie á la orilla opuesta del torrente; inquieto, turbado, vacila, y luego repentinamente se adelanta arrojando á su ejército y á su historia la frase famosa: *Jacta sit alea.* «La suerte está echada.» ¿Por qué esta vacilación? Todo el mundo sabe que el Senado, celoso de la libertad de Roma, había prohibido por un decreto solemne, á todo general que viniese á la Italia con un ejército ó un cuerpo de ejército, que atravesara este río sin haber depuesto antes las armas y los estandartes. El Rubicon era el límite de la Italia y de la Gália cisalpina. Al salvarlo César, incurria en todas las penas impuestas contra los enemigos de la patria. Así se preparaba el momento en que la libertad romana debía hacer lugar á la voluntad de un solo; momento único en la historia en que el

¹ *Vita di S. Antonio*, lib. 1, c. 9, p. 40-45.

despotismo, elevado á su más alta potencia, debía luchar cuerpo á cuerpo con la libertad que aparecía en el mundo bajo la figura de dulces pescadores enviados por el Dios del Calvario.

Dejando á la izquierda á Cesena, patria de Pió VI y de Pió VII, así como á Forlì, *Forum Livii*, edificado por Livio Salinator despues de la derrota de Asdrubal, saludamos á Faenza, particularmente querida de los Nivernesos que le deben el nombre y el secreto de su productiva industria. ¡Honor, pues, á Faenza y á aquel de sus habitantes que nos trajo el arte de fabricar la loza vidriada! Despues, Sérvia nos dió un almuerzo y nos enseñó sus montañas de sal marina. Bien pronto la Pignata se dibujaba como un punto negro en el horizonte y nos anunció la cercanía de Rávena. La Pignata es una selva de pinos que tiene cerca de doce millas de longitud y cuatro de latitud. Se comprende desde luego su importancia para los Romanos que tenían en Rávena una de las tres estaciones marítimas del imperio.

Llegó un día en que el ruido de las hachas y los gritos de los leñadores, y en que los ecos de la selva no repitieron más que cantos y oraciones. Lo que Citeaux había llegado á ser á la voz de San Bernardo, lo llegó á ser la Pignata á la voz de humildes religiosos, entregados á la civilización por el doble trabajo de la penitencia y de la oración. En el centro de la selva se levantó, desde el siglo sexto, el monasterio graciosamente llamado Nuestra Señora de la Palazziola ó del Pequeño Palacio. Juan IX, arzobispo de Rávena, lleno de confianza en la intercesión de aquellos ángeles de la tierra, les dió terrenos y rentas con la doble condición de orar por él para conseguir de Dios la remisión de sus pecados y de alimentar perpetua-

mente á cincuenta pobres el día de su muerte. ¹

Rávena, ahora más que nunca, merece el nombre de *pantanosos* que le daba ya hace quince siglos Sílio Itálico. Hundimientos sucesivos han lastimado su magnífico puerto. Las risueñas campiñas que eran su gloria y su riqueza, se han cambiado en lagunas cuya extensión iguala las de las lagunas Pontinas. Tres millas antes de llegar se encuentra aislada en medio de aquella triste soledad la grande y antigua iglesia de San Apolinar. El célebre convento de *la Classe* le está unido y está habitado por los Hijos de San Benito y fué dado despues á los hijos de San Romualdo. Aquí estaba en otro tiempo el puerto de Rávena y por consiguiente la flota romana, *Classis*. Las inmediaciones de aquel lugar tan frecuentado dió nacimiento á un vasto barrio, ó por mejor decir, á una pequeña ciudad que tomó el nombre de Classe, así como el monasterio. La importancia de Rávena fijó la atención de San Pedro; el conquistador de la Italia envió para someterla al Evangelio, á uno de sus discípulos llamado Apolinar. Este vino, predicó y venció; y como todos sus hermanos, murió sepultado en su triunfo. San Apolinar, obispo y mártir, fué depositado en Classe, cerca de las murallas del puerto. En 529, Juan, arzobispo de Rávena, edificó sobre su sepulcro una magnífica iglesia y un monasterio, cuyos religiosos cantaban el oficio ante las reliquias sagradas del bienaventurado mártir. Diré al paso, que de este monasterio salió el abad Juan, encargado de llevar á Carlomagno el Sacramentario de San Gregorio, que el gran emperador había mandado pedir al Papa Adriano por medio de Paulo su embajador.

Aunque la iglesia de San Apolinar es

¹ Hist. de l'orde de S. Benoit, t. II, lib. V, c. 73, p. 208. La escritura es del año de 856.

tá algo destruida por el agua de las lagunas que salpican sus paredes, presenta numerosas señales de su antigua magnificencia. La arquitectura romana-byzantina es de muy hermoso carácter. Alrededor de las naves están en hilera las tumbas de mármol de los arzobispos de Rávena. El coro ó *Tribuna* está adornado con preciosos mosaicos. Estas pinturas, cuya solidez no ha sabido desafiar sino imperfectamente la acción del aire salino, datan del fin del siglo sexto, y representan en el friso á Nuestro Señor de medio perfil, cubierto con un manto violeta y colocado en un medallón. A la derecha y á la izquierda están las figuras emblemáticas de los cuatro Evangelistas. En la parte superior de la bóveda aparece la mano divina destacándose de un rico galon; más abajo brilla una cruz adornada de perlas en medio de un círculo cuya extensión y cuya circunferencia están sembradas de noventa y nueve estrellas de oro. Las dos letras A y Ω están á la extremidad de los dos cruces; al pié de la cruz se lee; SALVS MVNDI; encima de la cabeza los signos siguientes: I. M. D. J. C. «Immolatio Domini Jesu Christi.» Es, pues, evidente que esta cruz gloriosa es el emblema de Nuestro Señor trasfigurado, puesto que se ve á la derecha á Moisés y á la izquierda á Elías, teniendo debajo de ellos tres ovejas que representan á los tres apóstoles testigos del milagro.

Inmediatamente abajo de la cruz se encuentra San Apolinar. El glorioso mártir está en pié, decorado con el pálio blanco, revestido con la casulla de oro. La aureola circular rodea su cabeza gloriosa y se lee á la derecha y á la izquierda: SANCTUS APOLENARIS. El Santo tiene las manos extendidas en actitud de la oración. Abajo de él están doce corderos, seis á la derecha y seis á la izquierda

que vienen hácia su ilustre pastor. El resto del campo está plantado de árboles del mejor efecto. Bajando la vista del gran cuadro, se ve á la derecha un grupo, hoy de tal modo deteriorado, que está indescifrable; á la izquierda, otro grupo en donde se observa á Teodorico rey de los Godos, recibiendo en rehenes al jóven Justiniano presentado por su preceptor. Como marco de aquel magnífico cuadro veis de un lado á San Miguel y del otro á San Gabriel, llevando cada uno un «Labarum;» encima de su cabeza dos soberbias palmeras y por fin las dos ciudades emblemáticas, Jerusalem y Bethleem, desde donde se dirigen hácia el medallon del Salvador, doce ovejas, símbolo de los doce Apóstoles y de todos los fieles.

Así Nuestro Señor, pastor de los pastores y con él los doce fundadores de la Iglesia; luego, Nuestro Señor trasfigurado, imagen de la trasformacion del género humano por el Evangelio; en seguida San Apolinar, uno de los gloriosos artifices de aquella trasformacion, llamando á sí á los pueblos confiados á su solicitud, y por fin, la certidumbre del suceso expresada por los dos ángeles guardianes del «Labarum;» hé ahí toda la historia de la religion en su autor, en sus medios y en su fin. ¿En dónde encontrar un asunto más cristianamente poético, expresado con tanta felicidad?

No léjos de allí están dos cuadros igualmente de mosaico. El primero representa á San Apolinar predicando el Evangelio, y recuerda por esta inscripcion el origen apostólico de la Iglesia de Rávena: «Sanctus Apolinaris, ab apostolo Petro episcopus ordinatus, missus est Ravennam ad praedicandum Christi Evangelium. 1 El segundo presenta á las miradas el marti-

1 San Apolinar, consagrado obispo por el apóstol San Pedro, fué enviado á Rávena para predicar allí el Evangelio de Jesucristo.

rio del santo Apóstol; vienen despues todos los retratos de los arzobispos de Rávena. En el centro de la Iglesia se levanta una ancha piedra sobre la cual sufrió crueles tormentos. Esta piedra es hoy un altar; ¿conoceis algo más digno de veneracion? ¿quién será capaz de decir los votos, las oraciones, los ardientes besos depositados en este lugar por las generaciones cristianas desde hace diez y ocho siglos?

En medio de esta larga procesion, ved venir dos peregrinos que exceden á los demas por su piadoso fervor. El primero es un hijo de Rávena. Se llama Romualdo; es hijo de la familia más noble de la ciudad; lleva un corazon en donde hierve el amor del placer y su frente está marcada con una mancha de sangre. Ayer vió matar en duelo por su padre á uno de sus próximos parientes. Ha huido y viene á pedir gracia ante el sepulcro del santo Apóstol de su patria. Por cuarenta dias se encierra en el monasterio; ora, gime, castiga su carne hasta entónces rebelde, con severas austeridades. Un hermano convertido es el que está designado para servirle, y con el alimento del cuerpo aquel hermano sirve á su jóven huésped los alimentos del alma. Romualdo le escucha; y cuando está solo se va á meditar lo que acaba de oír, ante el sepulcro del mártir. Los huesos del Apóstol profetizan; se deja oír una voz, Romualdo se ha dicho á sí mismo: Yo tambien seré mártir, mártir de la penitencia. Hace este voto ante aquella tumba en que estamos prosternados; muy pronto el mundo tendrá una maravilla más. Romualdo plantará un semillero de santos todavía floreciente; la tumba de San Apolinar será la cuna de los Camaldulenses. Esto pasaba á fines del siglo décimo.

El segundo peregrino es un hombre del Norte, de estatura gigantesca, de formas

7 DE ABRIL.

Rávena.—Santa María de la Rotonda.—Palacio de Teodorico.—Sepulcro del Dante.—Iglesia de San Vidal.—Tumba de Galla Placidia.—Iglesia de San Romualdo.—Catedral.—Ciclo pascual.—Cátedra de San Máximo.—Biblioteca.—Recuerdos.—San German de Auxerre.—Columna de los Franceses.—Anécdota.—Estado de la Románia.

La excelente hospedera *della Spada* nos habia preparado unos lechos á la italiana, es decir, bastante anchos para albergar á un peloton de granaderos con armas y bagajes. Algunas horas que pasamos en aquella cama confortable, cosa rara en aquella península, bastaron para ponernos en estado de reemprender nuestras excursiones. Al salir el sol, estábamos fuera de la ciudad en Santa María de la Rotonda. Esta iglesia edificada por Amalazonta, hija de Teodorico, rey de los Godos, para que sirviese de sepulcro á su padre, recuerda los mausoleos de Augusto y de Adriano. Tiene dos pisos, y por techo un solo pedazo de mármol cortado en forma de cubierta. Este trozo, el más grande que se conoce, no tiene ménos de treinta piés de diámetro y tres de espesor. Su peso es de cerca de novecientas libras. La bella urna de pórfido que contiene las cenizas reales y que estaba colocada en la cima del edificio, está hoy incrustada en una antigua pared adornada con tres pequeñas columnas de mármol, último despojo del palacio de Teodorico. No léjos de allí, al voltear de una calle, aparece el mausoleo del Dante. Los adornos que decoran la tumba del ilustre poeta se deben al cardenal legado Vicenti Gonzaga. La famosa basilica de Hércules se reconoce en el pórtico levantado en la plaza y sostenido por ocho gruesas columnas de granito oscuro.

Despues de una última oracion en el milagroso sepulcro, partimos para Rávena. Esta, colonia de los Tesalios, ocupada sucesivamente por los Etruscos, los Sabinos, los Galo-senoneses y los Romanos despues de la division del imperio, cambió por el cetro las cadenas que habia llevado tan largo tiempo; llegó á ser la capital del imperio de Occidente. Además, su reinado no fué de larga duracion; á los emperadores sucedieron los exarcas y muy pronto recogió los últimos suspiros del coloso romano, expirante bajo los golpes de los bárbaros. Con él pereció su antigua gloria; Rávena no es más que una sombra de sí misma. De todas las potencias humanas que ha visto pasar, no guarda más que recuerdos nuestros. Del poder divino que la ha subyugado, conserva recuerdos todavía vivos, doble aspecto bajo el cual la veremos mañana.